

PEPITA.—No. Así será que tendrá usted un tío más.

SARGENTO.—(*Aparte a la criada.*)—¿Enamorrarse de un cabo?... ¡Tonta! ¡Se ha perdido usted un sargento!

(*Dándola un empujón. Todos felicitan a Isabel. La criada sigue lloriqueando.*)

TELON

FIN DE LA COMEDIA

## EL CABALLERO LOBO

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 22 de Enero de 1909.

## PERSONAJES

De la jornada primera.

UNA VIEJA  
UNA NIÑA  
UN NIÑO

De las jornadas segunda y tercera.

LA CORDERA  
LA SEÑORA OVEJA  
LA SEÑORA GATA  
LA MARIPOSA  
EL LOBATO  
OVEJA 1.<sup>a</sup>  
OVEJA 2.<sup>a</sup>  
EL CABALLERO LOBO  
EL SEÑOR ZORRO  
EL SEÑOR OSO  
EL SEÑOR GALLO  
EL SEÑOR SAPO  
EL SEÑOR PERRO

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

## A Mariano Benlliure

*Al gran artista que dió vida, al darles  
forma, a los muñecos de mi fantasía...  
Admiración y cariño.*

MANUEL LINARES RIVAS

CAPILLA ALFONSO X

## JORNADA PRIMERA

Una cabaña con muebles rústicos. A la derecha, por el foro, una ventana abierta, por la que penetra un rayo de luna. En la ventana, un cuervo. Forillo, árboles.

### ESCENA ÚNICA

*Una VIEJA, una NIÑA y un NIÑO. (Pausa.)*

NIÑA.—¡Cuéntanoslo, abuelita!

NIÑO.—¡Cuéntalo, abuela, cuéntalo!

VIEJA.—Pero habéis de oírlo con mucha atención y con mucho respeto. La fábula...

NIÑA.—¿No es una mentira...?

VIEJA.—No.

NIÑO.—¿Ha sucedido eso...?

VIEJA.—Sí.

NIÑA.—¿En dónde?

VIEJA.—En el reino de las almas cándidas, en la tierra de los espíritus sencillos, cuando la virtud era una verdad, y la verdad todavía no se consideraba como virtud, porque aún no

fructificara lo falso ni lo ruin. Era en el tiempo en que las hadas tejían los trajes de sus ahijadas con hilos de oro que les daba el sol, y con hebras de plata, cogidas de la luna.

NIÑA.—¡Qué hermosos...!

VIEJA.—Pero no era el tiempo en que los trajes se hicieron con la fatiga y el odio de los pobres para el boato de los ricos...

NIÑA.—¿Y los regalaban...?

NIÑO.—Pero dicen que ya no hay hadas.

VIEJA.—Lo dicen...

NIÑA.—¿Murieron?

VIEJA.—Las mataron.

NIÑO.—¿No es igual?

VIEJA.—Sí: todo es morir.

NIÑA.—¡Qué lástima! No tendremos quien nos regale...

VIEJA.—¿Ya no te acuerdas...? Todos los años vienen a traeros dulces y juguetes...

NIÑO.—¿Los Reyes Magos?

VIEJA.—Que son los hijos de las hadas.

NIÑA.—(Con suficiencia, al Niño.)—¿No te lo decía yo?

VIEJA.—De ellas nacieron, de la misma fe y de la misma credulidad que ha poblado los mundos y los aires de seres invisibles y pode-

rosos; del ansia eterna de protección que los mortales han pedido siempre a lo inmortal, desde el primer día que su inteligencia no se explicó algún misterio...; que los hombres, para comprender algo de lo que pasaría por el cielo, fué menester que antes no comprendieran lo que pasaba por la tierra.

NIÑA.—¿Y el cuento, abuela?

VIEJA.—Con él estoy. Era en las horas apacibles en que se respetaban unos a otros los humanos, porque aún no se creían divinos, y se respetaba a los dioses porque tenían poderío como dioses... y castigaban inmediatamente como si fueran hombres...; que la mayor torpeza de quienes han querido conducirnos a la práctica del bien, no por el bien, sino por el mal que nos aguarda, fué la de enseñarnos que se pueden cometer los pecados en seguida, y hay que esperar por el castigo muchos años...

NIÑA.—¡El cuento!

NIÑO.—¡El cuento, abuelita, el cuento!

VIEJA.—No os impacientéis, que ya voy a contarlo. Pues señor, una vez era un caballero lobo, muy apuesto y muy galán, que le dijo a una cordera: «Corderita primorosa, ¿por qué

no me quieres...? Corderita de lana rizada, ¿por qué no me sigues...?»

NIÑA.—¿Se lo dijo...?

NIÑO.—¿Pero es verdad que los animales hablaron...?

VIEJA.—Durante muchos siglos, y cuando ya habían enmudecido en el lenguaje comprensible para nosotros, aún permitió Dios que una paloma le anunciara a Noé el decrecimiento de las aguas del Diluvio, y una burra le aconsejó al profeta Balaam que no maldijese a los israelitas, y un cuervo le dijo a San Expedito que no dejase para mañana lo que pudiera hacer hoy...; pero antes, millares de siglos antes, hablaban todos.

NIÑA.—(Al Niño.)—¿No te lo decía yo...?

VIEJA.—Y les negaron la palabra, únicamente para que pudiéramos distinguirnos y no correr el peligro de que, a fuerza de hablar, llegasen a discurrir como nosotros, que el entendimiento y el juicio vienen mucho después que las palabras, y sólo porque ellas han venido ya. Y era muy fácil confundirse cuando la raza humana llevaba por toda vestidura las pieles de otros animales, que hombres y lobos, gatas y mujeres, apenas se diferencian, o no se dife-

rencian nada, si se ponen igual aquello que más distingue a unos de otros, que es la piel.

NIÑA.—¿Como nosotros...? ¡No...!

VIEJA.—¿Por qué no, si de la misma sustancia fuimos hechos...? La tradición y el ejemplo nos demuestran que somos del mismo barro y que obedecemos a las mismas pasiones; agrandadas, refinadas, puestas en continuo tormento por una imaginación más poderosa, pero son iguales las suyas y las nuestras. Así hay tantos hombres por el mundo que, a pesar de la esencia divina, continúan siendo tigres y lobos y aves de rapiña...

NIÑA.—¡Qué miedo, abuela! ¡Dios nos libre de ser tan malos...!

VIEJA.—(Abrazando a la Niña, que se refugia contra ella.)—¡Dios nos libre...! Pero si has tenido la inmensa desdicha de que al formarse tu cuerpo entraran en él los átomos de la materia que en otras vidas fueron de hiena o de reptil, que Dios nos libre de lo que harás sufrir a los que te rodeen..., y si los átomos son de mansa cordera, que Dios te libre de lo que has de padecer tú por mansa y por buena...

(Invocando.)

¡Tú, que lo puedes todo, líbralos, Señor, de las flaquezas del ánimo, pero líbralos más aún y más pronto de las flaquezas de esa materia que no pudieron elegir y que tal vez no puedan dominar...! ¡Y si por niña o por mujer no quieres hacerla fuerte y valerosa, no la dejes abandonada en la lucha...! ¡Dale siquiera la fuerza de los débiles, dale amor y bondad...! ¡La excelsa bondad, única triunfadora de la fuerza material...!

*(El Niño se ha dormido.)*

NIÑA.—¡El cuento, abuela!

*(Música.)*

VIEJA.—Pues escuchad, que el cuento empieza, o dormíos, por si es la vida la que va a empezar para vosotros. Y después de todo, hundiendo la cansada vista en lo pasado, o mirando proféticamente y vidente al porvenir... ¿qué es la vida, sino un cuento, que se oye adormilado, que se cree por completo al empezar, y del que no se cree ya nada al concluir...?

NIÑA.—*(Tirándole de las faldas.)*—¡El cuento, abuelita, el cuento!

VIEJA.—Pero fijate bien en mis palabras, que

si he de evocar al espíritu que animó a otros seres en otras edades y en otros tiempos, que ya no volverán..., y si he de referiros cosas que tal vez no pudieron suceder nunca, es preciso que a la ilusión mía de contarlas añadais vosotros la buena voluntad de oírlas, que la magia de lo maravilloso no desciende sobre las almas sino cuando las almas se elevaron un poco ya sobre la tierra.

NIÑA.—*(Incomodada.)*—¡El cuento, abuela!

*(Telón lento.)*

VIEJA.—Allá va... Pues señor, una vez era un caballero lobo...

*(Desaparece el rayo de luna y queda la escena a oscuras.)*

muy apuesto y muy galán, que le dijo a una cordera: «Corderita primorosa, ¿por qué no me quieres...? Corderita de lana rizada, ¿por qué no me sigues...?»

*(Pausa.)*

NIÑA.—¡No te duermas, abuela! ¡Cuenta, cuenta!

*(Telón, que ha empezado lentamente a bajar desde que desapareció la luz de la luna.)*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO